

Juan C. Lázaro

#### IVÁN DE LA TORRE AMERIGHI

El análisis de la labor de Juan Carlos Lázaro (Fregenal de la Sierra, Badajoz, 1962) merece mucho más espacio que el de unas breves líneas. A veces lo más evidente y, aparentemente, más claro, es lo más inaccesible a la profunda comprensión. Y ello, porque para el artista extremeño la pintura, y el arte en general, no es entendida como una palestra pública donde denunciar carencias personales o vicios generales. Es algo más. Y más sencillo. Aunque infinitamente más complejo de detectar.

Podemos pensar en Morandi, en Cristino de Vera, en Carmen Laffón, pero el espíritu y el lenguaje de Juan Carlos Lázaro está más cerca de una abstracción minimalista y esencial que de cualquier figuración lírica. Todo lo reduce a color, luz, formas, tonalidades, equilibrio, composición... Los avances son casi imperceptibles. Detectamos, eso sí, en estas últimas obras, la voluntad de evitar la extrema planitud de los campos cromáticos, a los que añade breves efectos lumínicos con el pincel seco.

Este camino emprendido, comienza por reducir las referencias objetuales hasta el mínimo necesario, desprovéyéndose incluso de cualquier título que excite la memoria del espectador. En el descenso hasta lo absoluto como medida, la ausencia narrativa, el desprendimiento de medios y la ausencia de ambición se han hecho imprescindibles en un manifiesto pictórico arriesgado y silente. Lo absoluto es lo permanente, lo inmarcesible, aun transitando por sendas infinitesimales. Todos conocemos obras colosales en composición y pretenciosas en resolución y contenidos que se abarcan, se degluten y se eliminan en menos tiempo del necesario para intentar asir una mínima parte de la experiencia ofrecida por Lázaro. Y es que el ascetismo y la contención pueden generar una comunicación más efectiva que la provocada por el despliegue de un efectismo grandilocuente.